

El lugar de San José en la vida y misión de Jesús

Clausura del Año dedicado a San José

Homilía

Miércoles 8 de diciembre de 2021

Mario Aurelio Cardenal Poli

Además de su nombre y de su oficio, de José no se tienen datos fuera de que era el esposo de María y que pertenecía a la rama de los descendientes de David, los que tenían derecho a sucederlo en el trono de Israel, conforme a las promesas de la Alianza. No obstante, José no se encontraba en condiciones de reclamar su derecho al trono de Jerusalén, usurpado en esa época por Herodes, que no pertenecía a la familia de David ni era judío, sino descendiente de una familia noble del pueblo idumeo¹:

1.Cfr. Mons. Luis Heriberto Rivas, *San José en los Evangelios*. (artículo 2021)

si reinaba sobre Judea, era por sus excelentes relaciones con los romanos. Por lo tanto, podemos decir que José era un rey depuesto, aunque no le interesaba reinar en este mundo.

Hoy concluye el Año que el Papa Francisco ha dedicado a la persona de San José. Y como nos ha encomendado seguir su ejemplo, creo que el carpintero de Nazaret nos ayudará a vivir este Adviento que comenzamos. En el día en que celebramos a su Esposa, coronada de gracias celestiales, contemplemos el **lugar de San José en la vida de Jesús en Nazaret**.



El card. Mario Poli celebrando la misa de clausura frente a la Basílica San José de Flores

San José fue testigo del misterio y también tuvo su Adviento. Desde el encuentro juvenil con María, José había admirado su pureza virginal. Cada día, José era de nuevo seducido, más profundamente que en el primer encuentro; y, como desde ese primer momento, era Dios, quien, por María, le atraía aún más.

Sin embargo, él tenía la impresión de haber sido puesto frente a un misterio de virginidad que lo sobrepasaba. Algo no podía entender de esa alma de María que él encontraba tan bella. Cuando se enteró que su prometida esperaba un hijo, José no habría podido adivinar que se trataba de un secreto confiado a María por un mensajero divino, secreto que ella no se reconocía con derecho a revelar. Pero José era un varón justo y fiel, de recta intención, y porque la amaba, él adivinaba un misterio detrás de ese silencio de María y no hubiese querido de ninguna manera arrojar una infamia sobre su prometida; por lo tanto, prefirió abandonarla en secreto. Hasta la aparición del Ángel en sueños, el humilde carpintero ha debido sufrir mucho: fue su Adviento doloroso. Pero cuando el enviado de Dios le reveló el gran secreto, la alegría despejó

toda duda y el dolor padecido no dejó huella. Para cumplir lo que el Ángel le pedía, José había tomado a María y la había llevado a su casa. Lo mismo hizo aquel discípulo amado, el que al pie de la Cruz recibió a María como madre. Siguiendo el ejemplo de José, cada uno debe tomar a María y llevarla a su casa; es decir, debe recibirla en su afecto, vivir en su compañía y consagrarle el amor que conviene a una madre.

Así fue. Obediente a la voluntad divina volvió al lado de María y sobrevoló con grandeza las murmuraciones de la gente. Él intuía que Ella venía a coronar un sacrificio e iluminaba definitivamente el misterio del cual José fue el testigo privilegiado, predestinado por la elección divina a convertirse en esposo de María y padre virginal de Jesús. También él había sido preparado por un delicado trabajo del Espíritu Santo para asumir una verdadera paternidad. Y su alma, modelada para representar al Padre de los Cielos porque debía ocupar su lugar, había sido colmada de virtudes que reflejaban la bondad inagotable del Padre.

Aquí se revela el misterio oculto en esta paternidad de José. El artesano de Nazaret



no ha podido convertirse en el padre de Jesús sino siendo él mismo una imagen del Padre Celeste. Y él aceptó ese lugar con una gran sumisión y dignidad.

Ejerció esa bella paternidad en la sombra, trabajando en silencio para sostener a su amada familia, y todo lo hacía con la humildad de quien presiente estar ante el Mesías esperado por siglos, su Creador y Señor.

Como era lo propio en la cultura hebrea el padre tuvo que asumir el papel de educador. Podemos preguntarnos: ¿tenía José tantas cosas que enseñarle a Jesús? Él no poseía estudios, y sus conocimientos se limitaban a aquellos propios de los artesanos de su pueblo. Su formación religiosa debía ser muy simple. Pero, justamente, por este ejemplo, nos damos cuenta de que lo esencial de la educación es la personalidad de aquel que la da, más que los conocimientos particulares. La educación es, ante todo, una cuestión de amor, como enseña Francisco, y el amor de este padre era muy grande y su cercanía diaria ya era una cátedra doméstica. Ante el verdadero Dios y hombre, José había comprendido que su tarea de educador consistía en darle al Niño todo aquello que él tenía necesidad para madurar esa misteriosa personalidad. Así lo inició en el trabajo manual y también en las relaciones humanas. La tarea era facilitada por la perfección que poseía



La imagen de San José en el interior de la Basílica

Jesús, y que excluía toda corrección. José no hacía sino favorecer y animar el desarrollo de las cualidades, sin tener que corregir ningún defecto.

San José nos enseña a vivir este tiempo con la fe de los pequeños, al lado de la Virgen y de Jesús².

2. Texto inspirado en el libro de Jean Galot, s.j. *San José*, 2ª edición, Ediciones Sursum, Lovaina. Traducción al español por el Pbro. Pablo Lizárraga, Capellán del Hospital Muñiz.